La mujer que entiende el lenguaje de las plantas

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
La mujer que entiende el lenguaje de las plantas. Crónica poética de un día compartido con un familiar. 2024.
Este libro recibió una Mención Especial en el I Concurso de Poesía “Néstor Perlongher” organizado por la Dirección Provincial de Promoción de la Lectura, GPBA.

Domenech, Tamara
La mujer que entiende el lenguaje de las plantas / Tamara Domenech. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tiempo Dorado, 2024.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-90601-0-2

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A861

“Cuando la escritura se impone

¡Nena caprichosa!”

T. D.

“Dejalo ahí, no te lo lleves”.

A. S.

“Un tablero con letras

tres personas

tratando de jugar

una palabra…otra…

y el juego terminó sin comenzar”.

N. O.

“El tren proyectaba un rostro obsesivo e inasible como ese poderoso fantasma que cruzaba el pueblo ignorando nuestra estremecida presencia. Era el rostro bellísimo de mi madre”.

Syria Poletti

Estiro la tarde antes de llegar

en mi cuarto recién pintado
con dos ventanas
una por la que veo al gato tomando sol
y otra que da a un paredón rosa con pequeñas manchas de humedad
de las que crecen yuyos
pequeñas plantas
escapándose de un interior oscuro
hacia la luz.

Una vez que salgo ya es de noche

y me pregunto por qué me demoré
si a esta hora me puede dar miedo emprender el viaje
para llegar a acompañarte.
Pero no, no lo siento
sino más bien un túnel invisible
una membrana que conecta partes distintas, o casas, de un antiguo cuerpo.

Me abrís la puerta

y noto en tu cara que querés comer.
La mesa ya está puesta: dos manteles de junco, dos platos de cerámica blanca con un borde azul y otro verde, dos vasos de vidrio, cubiertos de metal, una panera de mimbre y una botella de agua.
Busco algo en el cajón que no abre totalmente, sólo hasta la mitad

observo la pintura del cielo raso
nuestras palabras descascaradas
las ventanas, tan pesadas en sus rieles, no cierran.

Antes de irnos a dormir

me preguntás: “¿querés ver un ratito de televisión?”
y no te digo que no directamente, sino: “descansá tranquila, traje cosas para leer”.
Me dirijo al cuarto que alguna vez fue mío, el que guarda los más intensos recuerdos de la niñez
y en el cual, con los ojos cerrados, podría decir:
“acá estaba la cuna
allá la cama marinera
en la pared angosta el único cuadro
cerca, las muñecas nuevas y las que nadie quería
en hilera
bañadas
cambiadas
y peinadas
mirando por la ventana
portándose bien
yo las quería.

Pero necesitaba un piyama

y adelantándote me dijiste: “si querés te acompaño
porque no anda la luz donde guardás tus cosas,

me parece que la pared está electrocutada
por el agua que se filtra, sin parar, por los techos.
Agarré el celular y encendí la linterna
así entré a donde hice el amor por primera vez
a tientas, encontré lo que buscaba.

No pude dormir

por los ruidos.
A los de antes:
las ramas
el viento
los tiros
se le suman los de ahora:
el hombre, con capucha, que entró para robarte
los gatos
y las ratas
no paran de buscar esos frutos de la enredadera
raspan sin parar el techo
el movimiento eterno
como eras vos de joven
me inhibía.

Ni bien me levanté

te vi con una botella de agua en la mano
y un medicamento que estaba en un frasco.

No estabas decidida a volcarlo, era como si le preguntaras a cada objeto qué hacer.
Y ellos no te respondían, ni se reían, nada.
Entonces preparé el brebaje antes del análisis.
“Va a estar todo bien, lo sé, tranquila”, dije.
Y te quedaste como uno de esos gatitos
que te vienen a visitar
con una mirada buena sobre las cosas.

Llamo al remise

que viene en tiempo y forma
un hombre joven y simpático
con el pelo medio sucio y enrulado, lo maneja.
Al llegar nos da una tarjeta y nos dice que él ya había estado en el sanatorio
una vez, a las 12 de la noche
“¿a quién se le ocurre dar un turno a esa hora
para visualizar por contraste de colores
cosas que no deberían estar en el cuerpo?”
Y te dice: “suerte”.
Y vos, mientras sacás billetes de 1000,
le respondés: “contalo bien, porque, últimamente, no me doy cuenta
de lo que tengo que hacer”.

Al bajar

te trato como una alumna: “por más de que no sepas
intentá contestar con seguridad,

si no se pueden aprovechar”.

Una vez que terminó el estudio

tenés frío.
Te compro un café con dos medialunas
me siento al lado tuyo
te convido pero sólo tomás el café
no querés comer
te dan ganas de vomitar.

Caminamos dos cuadras

agarradas del brazo
me contás que habías estado varias veces
en el mismo lugar
antes cuando estabas embarazada de mí
te había llevado mi padre
su nombre es la décima vez que lo pronunciás
y te pregunto en silencio: “¿lo extrañás?”
y me dejo llevar por los momentos en los que él aparece:
ayer en una escritura, en relación a su madre, a su hermana, a mi prima, al marido de mi prima, a un departamento, a una amiga que iba a ese departamento, los regalos de casamiento, los libros que fueron comprando, los que él se quiso llevar
y ahora en función de un estudio.
A la espera de un taxi
llega rápido

no como las preguntas que no hago
las respuestas que quiero.

Llegamos a tu casa

detenida en el tiempo
los mismos muebles en los mismos lugares
los cuadros
las cortinas
los discos
los manteles.
Tenés puesta una polera celeste
que usás cada vez que tenés que ir a un doctor.
¿Será tu prenda de la suerte?
¿El cielo que abriga tu alma?
Bajamos rápido del auto, abrimos la puerta de entrada.
Está helada
encendemos las hornallas
ponemos pan a calentar
le pasamos manteca
nos miramos agotadas
te vas a dormir un rato
me quedo hojeando revistas
una modelo con sus dos hijas y su nieta.
Todas con jean y remeras blancas.
Jóvenes.
También fuimos nosotras.
Vos, con unas sandalias azules, rulitos en el pelo, cartera, los ojos y los labios pintados

yendo de un lado al otro
con toda la fuerza
imponiéndote a lo malo con una solera celeste y floreada.

A la hora del almuerzo

bajás la escalera
sacás las ollas de la heladera
para ponerlas a calentar
previo a darle a la comida un tiempo
para que se temple a temperatura ambiente
y cuando está servida
las palabras no son del todo amigas:
“¿Qué tal está Y; hace mucho que no ves a S;
volvió a visitarte N, después de la muerte de C?”
Vos respondés, aplicada y te quedás callada.
De la única persona que me hablás es del jardinero.
Que no encontrás uno que te entienda y no deje podado y tirado.
Que junte, querés, y que cobre como corresponda según el trabajo.
No de más.
Ni de menos.
Y tus ojos se van porque están en el jardín.
Es el único lugar que crece.
Que se ve que te entiende y por el que te sentís comprendida.
Una mujer que habla o no habla el lenguaje de las plantas.
“¿Cómo es eso, má?”, te preguntan mis ojos y mi boca cerrada.

Me detengo

en tu vaso cargado de vino tinto
submarino de tus pensamientos
y en las ráfagas de soda o agua, luz transparente de lo que pueda venir.

Ayer

me di cuenta de tu conversación anillo de hueso negro
en tu dedo índice con la uña siempre limada y pintada de rojo.
Si, por ejemplo, te cuento sobre un tema
enseguida tengo la sensación de apurarme
porque algo me querés contar
pero no es una repregunta
u otra, en relación a profundizar las letras de lo que estaba diciendo
sino que tomás alguna de las palabras para repetir,
una y otra vez, “yo” y a “mí”.
Entonces creo que no me escuchás
que no te importa lo que diga
podría ser cualquier cosa
siempre y cuando
armes relaciones con tu propia vida
un despecho siento,
una venganza
en el lenguaje
que te debe haber dejado sin un regalo, premio o golosina
y te apurás a agarrar.

Antes de volver

me quiero duchar
y, ya me dejaste el juego de toallas amarillas, sobre la baranda del hall
cuando estoy en el baño
recuerdo tres momentos:
a los 8 años que me sentía horrible y amada
a los 20 que el solo hecho de bañarme me hacía sentir esperanzada
a los 45 cuando mi hijo abrió la canilla del bidet
y se inundó todo el piso de arriba.
No dábamos abasto ni con baldes ni con trapos para atraparla
era un volcán de agua cristalina que emergía de los caños oscuros
con alegría nos salpicaba.

Cuando ya estoy cambiada

me preguntás si quiero un abrigo, medias, algún collar
aros
un poco de perfume.
Esa predisposición tuya
siempre me abrazó
nunca pude repetirla con mis hijos.
Vivo cansada
no sé si estabas o estás cansada ahora
lo que sí sé
es que caminás a la par
de los demás
no como una sombra

sino como una luz que tiene pies y manos
para ayudar a que el otro pueda, con un detalle, estar mejor
sentirse a gusto con lo que está por pasar.
En la puerta merodeás, hasta que salís a despedirme.
Siempre saliste a la puerta a despedirme.
Como un soldado que cuida la fortaleza que es su casa,
sin impedir el trabajo de la vida, que es ir y volver de un punto a otro.

Cuando camino hacia la estación de tren

se me viene a la cabeza una frase que leí
en un cuento que escribió una adolescente:
“Tenés que cambiar tus hábitos, no tu personalidad.”
Porque me da la sensación de que te faltan actividades
que te comuniquen con una rutina en la que veas flores
en las caras de los demás.
Un taller para ejercitar la memoria
clases de gimnasia
piano
y escritura.
Es más, antes de irme
te pregunto: “¿querés que te vaya dando consignas y las trabajamos
dos veces por mes?”
Pero siempre es un “sí” pero “no”.
-Tu mirada radical y silenciosa
más que una bulliciosa esperanzada-
me dijiste que lo intentabas a diario
pero no lo concluías porque te ponías a llorar.

Por eso es importante juntarse con otros,
pienso,
para dejar de llorar.

También

para dejar de repetir palabras como:
“menos diez, descerebrada, atontada, olvidadiza”
o
“madre, padre, hermana, sobrinos.”
Estoy convencida de que si abrieras las puertas de tu casa
para salir
te crecerían las piernas para unir tiempos verbales.
El presente, el pasado y el futuro son tus pies.

Sentada al sol en un vagón yendo a Plaza Constitución

recuerdo a mi abuela que leía el diario y la biblia
hacía gimnasia
iba a la iglesia
hacía viajes jesuíticos
curaba con las manos
mezclaba hierbas
elegía facturas para reírse con amigas.

A mi tía
mirando el patio a través de la ventana de una cocina

poniéndose rímel en las pestañas
probándose ropa
haciendo mandados
hablando con las vecinas
tapada por una montaña de platos sucios
en la pileta de lavar
junto con las asaderas calientes
la esperaban con un espectáculo
el de una fuente doméstica cuando abría la canilla
y mil formas de humo
en las que se mezclaba y evaporaba su inocencia.

Y mi madre
en una mansión de vidrio que es su mente
por la que mira el mundo
sin pasear en él.

Ya en el subte Línea B

mientras hago una combinación
escucho a un músico callejero
Romi Cero
que canta una canción en inglés
acompañado por una guitarra
enseguida
la relaciono con un programa de televisión
de los años 80
en el que moría la madre de un niño,

me acuerdo que de la vergüenza,
salí de tu cuarto y fui al mío
a llorar en libertad
sin que nadie me viera, ni me preguntara nada, ni me consolara
y creo que, pese al dolor,
nunca dejaste de intentar estar cerca de otros que te hacen reír y soñar.

Hago tiempo

en la Avenida Corrientes
está llena de bazares
entro
me gusta lo que veo
y en todos suena
reggaetón
cumbia
trap
música sexual
“Lo que pasó, pasó, entre tú y yo”
que invita a mover las caderas y al olvido.

Entonces se me ocurre una idea

te mandaría a una escuela
en la que tuvieran que ingresar a media mañana
izar banderas por cada uno de los participantes que concurran
de los colores que quisieran

verían en el cielo
un espectáculo hecho de telas
violetas
rosas
azules
celestes
fuxias
amarillas
transparentes
moviéndose
creando flores y pájaros conocidos
y otras formas irreconocibles de la vida en común por conocer.
Luego de aprender cosas que hubieran querido
pero no hayan podido por falta de tiempo, destreza o mérito
y de compartir y realizar un producto para otros
como podría ser un libro en el que enseñen sobre huertas, cocina, derecho y revés
de todo lo aprendido para las generaciones futuras
se despedirían
después de una jornada de cuatro horas
con una clase de reggaetón a cargo de jóvenes.

En qué consistirá vernos bien

¿será estar como las cuerdas de una guitarra
para ser rasgadas por las manos del trabajo, del amor y del azar
ni tensas ni flojas
despiertas?

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.
tiempodorado.com
www.instagram.com/tadomenech
www.instagram.com/ediciones.presente